

VIII.

algunas noticias de interés, recogidas en una nueva historia de la santa que acaba de publicarse en Barcelona. ¡Ojalá y que las numerosas falanges de Hijas de María, derramadas por toda nuestra República, puedan aprovecharse de esta maravillosa vida, y librarse, imitando á Santa Rosa, de los peligros del mundo cada dia mas inminentes y más terribles! ¡Ojalá y este libro, volando por todas partes, ayude á combatir al espíritu del mal, horriblemente desencadenado en nuestros días, y á santificar á las jóvenes cristianas! Tales son los deseos que nos animan en la publicacion de esta obrita. ¡Que el Señor se digne bendecirla, y servirse de ella para su gloria y el bien de las almas!

Irapuato, último dia del mes de María.

Gabino Chávez,

Director local de la Asociacion de las Hijas de María.

VIDA
de Santa Rosa de Lima.

CAPÍTULO PRIMERO.

La patria, los padres, el nombre y piadosa infancia de Santa Rosa.



ROSA nació en Lima, capital del Perú, el 20 de Abril de 1586. El nombre de su padre era Gaspar de Flores, y su madre se llamaba María de Oliva: aquel era originario de Puerto Rico, y esta de Lima. Uno y otro pertenecían á familias honradas pero muy poco favorecidas de los dones de la fortuna; ¿mas qué fortuna habría podido igualar al precioso tesoro cuya posesion dió el Señor con el nacimiento de esta niña privilegiada?

La casa de Gaspar estaba situada en la calle de Santo Domingo, cerca de la iglesia del Espíritu Santo. El nacimiento de Rosa no costó casi ningun dolor á su madre, habiendo sido todos los otros alumbramientos excesivamente laboriosos. Notóse que nació como nacen las rosas que se ven salir del

seno de su tallo, cubiertas aún del tegumento en el cual fueron concebidas; y esta particularidad fué testificada con juramento en el proceso que se hizo despues de su muerte por una persona que había sido testigo de su nacimiento. Dilatóse su bautismo hasta el dia de Pentecostés, y en esta hermosa fiesta fué regada por la primera vez con el rocío de las gracias celestiales; sin embargo, no recibió el nombre de Rosa en esta ceremonia, pues habiendo deseado Isabel de Herrera su abuela materna que fué quien la tuvo en la fuente sagrada, que llevase su nombre, hubo que satisfacerla y se la puso por nombre Isabel.

No obstante, Dios, que quería que fuese conocida con el nombre de Rosa, supo bien hacer prevalecer su soberana voluntad por un milagro que obró tres meses despues. Un dia que la niña estaba durmiendo en su cuna, habiéndose acercado su madre con la criada y sus hijas, todas echaron de ver en su semblante la forma de una rosa abierta de color rojo, que desapareció casi al instante. Esta maravilla las llenó de admiracion; y la madre más conmovida que las otras de este espectáculo, tomó la niña en sus brazos y le dijo abrazándola con ternura: "de hoy en adelante, hija mia, tú serás mi Rosa, y no te daré ya otro nombre que este.,, Esta

determinacion estuvo muy lejos de agradar á la madrina que había esperado revivir en esta niña. "Hé aquí pues, exclamaba, el caso que se hace de mi nombre, se le condena al olvido, se le desprecia.,, Fué tan vivo el dolor que esto le causó que fué preciso aplazar este cambio; este aplazamiento fué muy largo, porque á la edad de siete años llevaba todavía el nombre de Isabel. Mas en esta época, Santo Toribio, arzobispo de Lima, al confirmarla, sustituyó de su propio movimiento el nombre de Rosa á su nombre de bautismo: segun parece que el espíritu de Dios de que estaba lleno le hizo sentir en esta niña el perfume de esa flor. Como quiera que sea, la madrina, obligada por la autoridad de su santo arzobispo, accedió sin quejarse á su voluntad, y en adelante ya no dió á la niña otro nombre que el de Rosa.

Entre tanto, suscitóse todavía algunos años despues, una nueva dificultad acerca de este nombre, y la jóven misma fué su origen: Dios lo quiso así para tener ocasion de declarar por sí mismo su voluntad respecto á esto. He aquí como sucedió el hecho. Cuando Rosa llegó á la adolescencia, habiendo oído decir que el nombre que llevaba no le había sido puesto en el bautismo, le vino al pensamiento que no se lo habían dado sino por hacer alusion á su belleza. No fué

necesario más para alarmar su tímida conciencia. No pudiendo calmar sus escrúpulos respecto á esto, corrió á la iglesia de los Predicadores, entró á la capilla de Nuestra Señora del Rosario, y allí, postrada á los piés de la divina María, suplicó á esta bondadosa Madre con abundantes lágrimas que le sugiriera un medio de librarse de un nombre que segun todas las apariencias había sido inspirado á sus padres por la vanidad. La Santísima Virgen á quien la Iglesia llama Rosa mística, se apresuró á venir á consolar á esta nueva Rosa, por la cual tenía un interés particular: y apareciéndosele en los aires llevando en sus brazos al Niño Jesus le dijo con una bondad incomparable: "Este divino Niño que tengo aquí, aprueba el nombre que llevas; pero desea que añadas tambien el de su Madre; y así de hoy en adelante te llamarás Rosa de Santa María.,, Ya se deja comprender cuál debió ser la alegría de la niña viéndose honrada con un doble nombre que le venía del cielo. Despues de haber venido temblando y desolada, volvió á su casa muy consolada y triunfante.

Es muy comun que los santos obtengan por sus méritos un nombre puesto por Dios; pero que este buen Maestro añada á él un sobre nombre, es cosa bastante rara si no me engaño: no es pues de admirar que una

gracia semejante haya causado á nuestra jóven una satisfaccion tan dulce. Sin embargo, no habló por entónces á sus padres de este favor singular; pero algun tiempo despues, volviendo á la iglesia en donde había comulgado, transportada de un ardor extraordinario, suplicó á su madre que en adelante la llamara Rosa de Santa María, y repitiera este nombre querido lo más frecuentemente que le fuere posible, porque nada era más propio para alegrar su corazon y abrasarlo en el fuego del amor divino. La madre, sorprendida de esta novedad, no sabía lo que debía hacer; mas la santa jóven conociendo su vacilacion añadió: "Vengo del altar de la augusta María, y ella es quien me ha inspirado que os pida esta gracia. Creedme, madre mia, el cielo es quien quiere que me llameis así.,, La madre que conocía el buen espíritu de su hija, creyó en su asercion y accedió á su súplica: no obstante, la humilde vírgen no le había dicho nada de la vision de que acabamos de hablar.

Los que habían oído hablar de Santa Catalina de Sena veían que esta niña se le asemejaba mucho. Como esta gran santa, era dulce, apacible, comedida y siempre alegre; y así les hacía la vida muy agradable á todas las personas de la casa. Siendo muy

pequeña observaron los criados con sorpresa que no lloraba como los otros niños: sólo una vez la vieron derramar lágrimas, y esto fué en la casa de una señora noble á donde su madre la había llevado: en vano trató esta de consolarla, pues no cesó de llorar hasta que volvieron á llevarla á la casa paterna. Su madre creyó ver en este pesar desusado un indicio de la aversion que tendría despues por el mundo: en consecuencia, tomó la resolucion de no volver á llevarla á casa de las personas á donde ella tenía precision de visitar. El resultado le probó que su juicio no la habia engañado, porque desde entónces la santa niña no volvió más á llorar.

Desde la más tierna edad viéronse brillar en ella grandes y sólidas virtudes: su paciencia sobre todo era admirable. El lector juzgará de ello por algunos hechos que voy á referir. Sucedió un dia que al cerrar un cofre con demasiada prontitud, el pulgar de su mano derecha quedó cogido bajo el peso de la tapa cuya caída no tuvo fuerza para moderar. Su madre que vió de léjos el accidente acudió temblando; mas Rosa disimulando su dolor ocultó la mano diciendo: no es nada madre mía. No obstante, esta, habiendo echado de ver algunos dias despues que tenía sangre reseca debajo de la uña

machucada, hizo venir á un cirujano para que la curase. Los medios que este empleó fueron enérgicos: para sacar el pus oculto bajo de la uña comenzó por aplicar sobre esta un unguento corrosivo que la devoró en gran parte: en seguida empleó las tenazas para extirpar el resto hasta la raíz. Entre tanto, la amable niña sufrió todo sin resistencia, sin parecer sentirlo, como si el hombre del arte hubiese operado sobre un miembro que le fuese extraño: no dejó escapar ni un grito, ni un gemido, ni una sola lágrima. Veía brotar la sangre de la llaga, sin dar ninguna señal de espanto, y aun sin cambiar de color. El cirujano no volvía en sí de la sorpresa, no pudiendo esplicarse constancia semejante en una niña de tres años.

No habia pasado un año de esto cuando sufrió una enfermedad en los oídos que la puso de nuevo en manos del cirujano. Esta enfermedad era una llaga de la cual salía una supuracion abundante. El hombre del arte empleó primero remedios lenitivos; mas habiendo reconocido su ineficacia, recurrió al hierro para cortar la parte dañada del cartílago. Los asistentes aterrorizados apartaron la vista: la santa niña sufrió la operacion sin quejarse y vió con una especie de indiferencia la sangre que corría sobre su seno.

Esta prueba fué seguida bien pronto de otra no ménos dolorosa. Una enfermedad de la piel bastante comun en los niños cuando se descuida asearles suficientemente la cabeza, cubrió la suya de una lepra horrible de mirar. Este fué un motivo de profunda afliccion para su madre, que en su solicitud de curarla se puso á pedir consejo á todo el mundo. Una persona imprudente, habiéndole dicho que el mercurio la curaría sin duda alguna, tuvo la temeridad de espolvorear con ello la cabeza de su hija. El efecto de esta medicina fué de lo más funesto, en razon de su virtud corrosiva: despues de haber devorado la costra, penetró en las carnes y las royó tan dolorosamente que le causaba temblores convulsivos. No obstante, no dijo ni una palabra que pudiese hacer sospechar su sufrimiento y obtenerle un alivio que tanto necesitaba. Llegada la noche, habiéndole preguntado su madre si sentía algun dolor, respondió afirmativamente para no mentir, pero añadiendo que su mal era moderado y muy soportable. Conforme á esto, fué á acostarse y pasó la noche en este cruel sufrimiento sin que su paciencia se desmintiese un sólo instante.

El dia siguiente al amanecer, su madre deseando saber lo que había obrado el mercurio, levantó suavemente la cataplasma;

mas cual fué su dolor al ver una llaga ancha y profunda abierta por este cáustico devorador. ¡Oh hija mia! exclamaba, ¿cómo has podido soportar en silencio un tormento semejante? La pobre niña nada respondió al pronto, mas despues obligada por tantas preguntas dijo que el sufrimiento le habia parecido moderado y fácil de soportar. Entre tanto, su madre, espantada por la gravedad del mal, mandó llamar al cirujano á toda prisa; el cual empleó cuarenta y dos dias en cerrar esta llaga que se mantuvo hasta el fin casi tan dolorosa como había estado desde el principio.

Apenas estaba curada de este horrible mal, cuando se le formó un pólipa en las narices. Fué necesario extirparlo con las pinzas, y hasta la tercera operacion consiguió el cirujano arrancarlo enteramente. En medio de tantos dolores habriase dicho que estaba insensible mientras todos los que la rodeaban tenían el corazon lleno de lástima y se decían unos á otros al ver su invencible paciencia, que Dios no le habia dado la vida sino para hacerle practicar esta penosa virtud. En efecto, por este camino era por donde el divino Maestro quería conducirla á la verdadera felicidad, como lo veremos adelante. Paso en silencio otras muchas prue-

bas que señalaron su infancia, para referir otros hechos más consoladores.

No contaba Rosa más que cinco años cuando aprendió á conocer y á temer á Dios de un modo muy extraordinario, porque fué el resultado de uno de sus entretenimientos. Jugando un día con ella su hermano mayor, le descubrió la cabeza llenándole de tierra los cabellos. Esta travesura le hizo reir mucho, pero á la jóven no le agradó de ninguna manera; pues aunque quería sufrir los desprecios, mas no le gustaba la suciedad. Sensible á esta ofensa, dejó el juego y trató de retirarse. Entónces su hermano tomando un tono solemne y gesticulando como un predicador le dijo estas graves palabras: "Hermana mia, pareceis seriamente afligida por la injuria que acabo de hacer á vuestra cabellera, y no sé porqué. Los cabellos de las jóvenes son muchas veces para los hombres, poco atentos á vigilar sobre sus almas, redes que los prenden y los arrastran al abismo. Mirad, pues, los vuestros como un objeto odioso al Señor, en vez de amarlos como parece que lo haceis.,, Estas palabras hicieron en ella el efecto de un rayo, que penetrando hasta su corazon hizo entrar en él inmediatamente el temor del infierno y un vivo horror al pecado.

Ahora veremos cómo esta impresion no

fué una cosa pasajera; mantúvola con la meditacion, y hé aquí lo que resultó. El temor del infierno que acababa de concebir se fijó en su alma; y desde luego el pecado llegó á ser á sus ojos un objeto de abominacion: bien pronto extendió á las ocasiones el ódio que tenía al pecado mismo, y porque su hermano le habia dicho que su cabellera era una de ellas, en lugar de cuidarla, la miraba con desprecio y horror. ¿Quién habría podido adivinar que un juego de niña podía dar lugar á pensamientos tan serios? Mas no se contentó con esto; sino que continuando en seguir este rayo de luz, comprendió perfectamente que necesitaba del auxilio de Dios, y que lo mejor que podía hacer era implorarlo constantemente. En consecuencia, tomó la resolucion de recurrir á Dios sin cesar, convino consigo misma en emplear las fórmulas siguientes: "Que Jesus sea bendito, que Jesus sea conmigo, así sea.,, Tomó tanto gusto por estas oraciones jaculatorias y llegaron á serle tan familiares, que llegó á repetir las hasta en su sueño; tanto lugar ocupaba la presencia de Dios en su espíritu, ó por mejor decir, en su corazon.

Creciendo siempre la gracia á medida de su docilidad, la condujo á resultados aun más admirables, pues á favor de su luz, descubrió el precio inestimable de la santa vir-

tud de la pureza: y en consecuencia, hizo á la edad de cinco años, el voto de virginidad perpétua, como lo había hecho Santa Catalina de Sena cuyas virtudes estaba evidentemente llamada á reproducir. En seguida cortóse los cabellos, sin decir nada á su madre, por miedo que el demonio no se sirviese de ellos para atraerla al matrimonio, con desprecio de la alianza que acababa de contraer con Jesucristo. Tales fueron los efectos que un juego de niños produjo en nuestra vírgen, efectos tanto más admirables, cuanto que es muy raro que Dios emplee semejantes medios para obtener tan grandes resultados.

NOTA.

No dando á conocer nuestro autor francés el teatro donde se desarrolla la vida de nuestra santa, vamos á dar sobre ello algunas nociones tomadas de una antiquísima vida escrita en castellano por el P. Antonio de Lorea dominicano. Hablamos de la ciudad de Lima. Conquistado el Perú por Francisco Pizarro, el día de la Epifanía de 1635, enarboló allí la bandera española. Dos leguas á orilla del mar del Sur había un valle donde se fundó la ciudad de Lima en un sitio llano y apacible fecundado por un hermoso río. La tierra es fecundísima en trigo, aceite, azúcar maíz, frutas y legumbres. Por el Norte y el Este se levantan enhiestas montañas y fertilísi-

mas colinas; aunque el temperamento es húmedo y caliente, es no obstante muy sano y agradable. Jamás llueve sino sólo cae una especie de menudo rocío á quien llaman garúa, por lo cual los techados de los edificios son sumamente ligeros. Las casas son bajas, adornadas de vistosísimas celosías, poco notables por de fuera, pero en su interior llenas de comodidades. Tiene una plaza hermosa y capaz, con una fuente de bronce en su centro; un vasto palacio que habitan los Vireyes, una grande y espaciosa catedral, con las casas arzobispales.

Dejando aparte sus muchos tribunales civiles y eclesiásticos, sólo diremos que la ciudad se compone de cinco parroquias, y tiene diez y ocho conventos. El primero que se fundó fué el de Santo Domingo, bajo la advocacion de Nuestra Señora del Rosario, y en el cual pueden bien habitar cuatrocientos religiosos. A este acompañan el convento de la Magdalena y el colegio de Santo Tomás, todos de la misma orden. La orden de San Francisco tiene otros tres conventos. La de San Agustin y la de Nuestra Señora de la Merced, otros tres cada una. La Compañía de Jesus tiene cuatro casas. Finalmente, la religion de San Benito y la de San Francisco de Paula tienen cada una la suya. En cuanto á conventos de religiosas, tiene los de Santa Catalina de Sena, Santa Clara, la Encarnacion de San Agustin; la Santísima Trinidad de la orden de San Bernardo; San José, de Franciscanas descalzas; el Prado, de Agustinas recoletas; Santa Teresa de Carmelitas y la Concepcion. El más antiguo es el de la Encarnacion, que parece una ciudad por su tamaño; pues entre religiosas, educandas

y sirvientas, habitan en él más de dos mil mujeres. Además de los monasterios existe un colegio de niñas pobres, otro de enfermas, otro de desamparadas ó divorciadas y otro de recogidas. Cuéntanse además diez hospitales para atender á las humanas dolencias.

Esta ciudad es el emporio del comercio de España y del Perú, pasando de catorce millones lo que anualmente salta para España, devolviéndose en buques cargados de ropa y mercancías.

Tal fué la ciudad donde nació la heroína de nuestra historia, gobernando la Santa Iglesia el Papa Sisto V, y siendo Rey de las Españas y Emperador de las Indias el monarca D. Felipe II.

CAPÍTULO II.

Respeto de Rosa para con sus padres: su obediencia á sus órdenes; y su solícitud en servirlos.

Hay un precepto que prescribe á los hijos el honrar á los autores de sus días; y hay otro que les obliga á obedecer á Dios antes que á los hombres. Estos dos deberes no presentan ninguna dificultad, cuando los padres no abusan de su poder; mas si llegan á poner su voluntad en oposicion con la voluntad divina entónces el paso se hace muy resbaladizo para los pobres hijos. Rosa no tardó en encontrarse colocada en esta posi-

cion crítica, y tuvo necesidad de todo su ingenio y de toda su habilidad para no faltar ni á Dios ni á sus padres. Su Esposo celestial la atraía á sí por los caminos ocultos de la perfeccion evangélica, mientras que su madre que la destinaba al matrimonio, exigía que viese el mundo y usase de los adornos del siglo para presentarse con esplendor en las concurrencias: mas ella supo tan bien arreglar su conducta, que consiguió contentar á su madre sin desviarse del camino que su Esposo le trazaba.

Un dia que tenía que salir con su madre, esta le instó que adornara su cabeza con una corona de flores que le había preparado; Rosa, que sentía sumo horror por esta clase de vanidades, pidió gracia á su madre, mas con un tono tan dulce y tan modesto que iba á triunfar infaliblemente, cuando muchas señoras que allí se encontraban comprometieron el éxito de su causa por su intervencion. Seducidas prabablemente por el perfume de las flores, hicieron tales instancias para obligarla á ponerse la corona, que su madre á fin de complacerlas le ordenó formalmente que se la pusiera. Rosa obedece; mas cuando parecía que estaba vencida quedó realmente victoriosa; pues al ceñirse esta corona tuvo el arte de introducir en ella una aguja cuya punta acerada debía entrar